

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 35, 1-6a.10): *Sed fuertes, no temáis.*

Salmo (145, 7.89a.9bc-10): *«Ven, Señor, a salvarnos»*

2ª lectura (Santiago 5,7-10): *Tened paciencia, manteneos firmes.*

Evangelio (Mateo 11, 2-11): *Anunciad lo que estáis viendo: los ciegos ven, y ...*

Juan se preguntaba si Jesús de Nazaret era *«el que tenía que venir»*. Estaba sorprendido por lo que anunciaba y, sobre todo, por lo que hacía. Él, había predicado un bautismo de penitencia y conversión y, en cambio, Jesús invitaba a la gente entrar en el Reino: ya no era necesario subir a Jerusalén a ofrecer un sacrificio y tampoco era necesario sumergirse en las aguas del Jordán. Lo único necesario era acoger al Dios de la misericordia que pasa por nuestra historia aliviando el dolor de la gente abandonada.

Para salir de dudas, Juan envió a unos discípulos a que le preguntaran. La respuesta de Jesús fue sorprendente: *«Contadle a Juan lo que estáis viendo y oyendo»*. Y aquellos discípulos vieron cómo a los caídos en las cunetas de la vida se les ayudaba a levantarse y a caminar; vieron cómo los cansados recuperaban el aliento y las ganas vivir; y cómo, los excluidos por el sistema, volvían a tener un lugar en la comunidad social. Eso era lo que Dios quería. Para los pobres era la mejor de las noticias.

Cada vez que nos adentramos en el Evangelio, Jesús nos sorprende. Nos sorprende porque nosotros preferimos creer en un Cristo *“religiosamente correcto”*, un Cristo que no se complica la vida con nuestros problemas sociales; preferimos un Cristo *“más del cielo que de la tierra”*, que interceda por nosotros; preferimos, tal vez, un *“Cristo de pasarela”*, que deslumbré con su atractivo y su belleza; o tal vez preferimos quedarnos con un *“Cristo Juez”*, que a nuestra conveniencia, tenga en cuenta nuestras buenas obras y se olvide de nuestros pecados.

Pero resulta que Jesús siempre es distinto y mayor que nuestros deseos y conveniencias. Jesús nos sorprende hoy y siempre, como sorprendió a Juan. Por eso, si le preguntamos: *«¿Eres tú «el que tiene que venir?»*», él nos responde así: *«Los ciegos ven, los cojos andan, etc.»*. Es decir, el que tenía que venir es el Jesús del Reino, el Cristo del Reino. Ese fue su proyecto, esa fue su causa y por ella vivió, se desvió y murió. Y a ella nos llama.

Lo que entonces sucedía al otro lado del Jordán sucede ahora a este lado y en todo el mundo. ¿Quién es el que ha de venir? No han salvado al mundo las megalomanías racistas ni las ideologías con esperanzas de paraísos terrestres, que se han convertido en infiernos reales, ni las violencias callejeras o de sexo. No hay que esperar la salvación de las “cumbres” del Fondo Monetario, del G20, de Maastricht, de Viena; ni del euro, ni del consumismo o nacionalismos.

En todas partes puede haber elementos humanos para la edificación de un mundo mejor, para la construcción de la ciudad terrena dentro de la ciudad de Dios. Pero la salvación total viene de la aceptación de Dios en la vida y de la entrada en su reino por la práctica de las virtudes anunciadas por Jesús. Y dichoso el que no se escandalice de la forma de gobierno de Dios y le acepta tal como Él se manifiesta.

Curar, consolar, proteger, potenciar la vida, enseñar a todos la verdad son características definitorias de la llegada del reino de Dios. Decididamente: un mundo con más presencia divina se convierte automáticamente en un mundo también más humano. Se pueden discutir métodos y abrir nuevas vías de acceso de Dios al mundo. Él seguirá desconcertando a todos. A unos parecerá exigente y duro, otros protestarán contra su blandura ante las injusticias del mundo y exigen impacientes que el hacha amenazante descargue al fin su golpe.

Dios no obra así y previene: *«¡Dichoso el que no se escandalice de mí!»* La indiferencia religiosa, la odiosidad contra la Iglesia puede esgrimir argumentos diversos acusando alternativamente de flojera o dureza. Siempre habrá en una sociedad de hombres, elementos demasiado humanos que dan pie a acusaciones y condenas. Pero la verdadera causa del alejamiento de Dios es más profunda: es el riesgo que asumió el Padre al enviar a su Hijo en la humanidad de nuestra carne.

«Id y contadle a Juan lo que estáis viendo y oyendo». Jesús nos llama a ser testigos y misioneros del Reino. El papa Francisco lo dice así: *«el Reino de Dios nos reclama»* ^(*Evangelii Gaudium* 180). El Reino nos reclama a desear un mundo más humano, más fraterno, más solidario, más justo; nos reclama a estar atentos y ver cómo nace y crece en los esfuerzos de tantas personas, por una mayor humanidad, solidaridad y dignidad. Todos los cristianos estamos llamados a preocuparnos por la construcción del mundo. **“Jesús nos llama”**.